



Editorial / Editorial / Editorial

La seducción de la crítica y la sustentabilidad del saber

Miguel A. García

En el seno de las ciencias sociales y las humanidades, la crítica habita con el ropaje del “criticismo”, el “marxismo”, la “teoría crítica”, la “reflexividad”, la “crítica posmoderna”, el “giro decolonial” y con muchos otros que eclosionan y se desvanecen, o que se transforman y reverberan con tenacidad o con lasitud. En todas sus vertientes, la crítica obra en tres dimensiones: seduce al sujeto cognoscente, desarticula el conocimiento mismo y hace del saber algo sustentable. *El oído pensante* convoca a investigadores seducidos. Se los encuentra en todas las áreas del conocimiento que se interesan por las músicas y sus sujetos. Entre esas áreas, la antropología y la etnomusicología parecen ser las más proclives a la crítica. Hay varias razones para explicar esa condición insurgente, entre ellas las más evidentes y definitorias son la confrontación con la otredad y la apertura constante e imprescindible hacia otras disciplinas. La confrontación con la otredad enriquece mediante el asombro y la desestabilización, la apertura a otras disciplinas lo hace a través de la diversidad y el diálogo. Esta apertura ha sido la condición de posibilidad de la existencia misma de la etnomusicología; o de las etnomusicologías, si por un momento queremos dejar de lado la arrogancia del singular y emplear el plural para reconocer que del otro lado de la “línea abisal”, del muro, del *mainstream*, del océano o de la imaginación, hay y hubo otras trayectorias disciplinares. El beneplácito de las etnomusicologías con otras disciplinas ha estado jalonado por la aceptación de diversos *inputs* –la física, el evolucionismo, el método etnográfico, los conceptos de “*performance*”, “globalización”, “*world music*”, “paisaje acústico”, “ser-en-el-mundo”, “experiencia”, etc. Mientras que todos ellos, en muchas manos han renovado el aire y reactivado sospechas y amores hacia viejos conceptos y procedimientos, en unas pocas parecen haber servido solo para alimentar cierto esnobismo académico. La gran última adquisición de la etnomusicología que impera por este lado del mundo es el concepto de “sustentabilidad”. A las diversas facetas que presenta el uso de este concepto en los medios etnomusicológicos ha estado dedicado el *VI Encuentro de la Asociación Brasileira de Etnomusicología* (João Pessoa, Brasil, 27-31 de mayo de 2013). En este encuentro se discutieron, mayormente, estrategias para garantizar la sustentabilidad de las prácticas musicales cuya existencia se cree amenazada, y la responsabilidad que en esa cruzada compete a los investigadores, las instituciones y los propios involucrados en el quehacer musical. No obstante, en una de las sesiones la discusión adoptó un rumbo diferente y el concepto de sustentabilidad fue interrogado en relación con la viabilidad y vitalidad del conocimiento.

¿Cuán productivo es el concepto de sustentabilidad para pensar la generación y reproducción del conocimiento sobre las prácticas musicales y sus sujetos?, ¿podemos mirar y



mirarnos a través de un concepto que es vapuleado por instituciones y discursos de tinte asistencialista que pretenden ser “políticamente correctos” socorriendo a los países pobres?, ¿estamos dispuestos a emplear un concepto que tiene una participación protagónica dentro de la ecología y de los proyectos de desarrollo económico, energético y turístico? Sin duda vale la pena intentar una apropiación del concepto de sustentabilidad. Si bien la transposición de todo concepto de un campo a otro requiere un ajuste semántico, el ajuste nunca puede ser total, si así fuera lo que se estaría trasponiendo sería un significante y no un concepto. Si se despojara completamente de significado el concepto exógeno no tendría sentido su incorporación y sería más honesto y productivo desde el punto de vista heurístico acuñar uno nuevo. Al trasponer siempre se conserva un significado mínimo. El significado mínimo que mantiene el concepto de sustentabilidad al ser apropiado por las etnomusicologías se resume con dos términos: diversidad y equilibrio. También puede expresarse de forma menos exigua: convivencia equilibrada (y sustentable) de recursos diferentes.

Entonces, ¿qué propiedades y requerimientos debe poseer el conocimiento para ser sustentable? Sin más demora, podría decirse que para que un saber adquiriera sustentabilidad debe ser viable, tener vitalidad, poseer cohesión, celebrar el disenso y potenciar el diálogo. Dos tipos de requerimientos, uno material y otro epistemológico, permiten que esas propiedades tengan existencia real. En el primero encontramos la existencia de organismos estatales y empresas privadas interesados en invertir en la enseñanza, la investigación y la difusión, distintos soportes de escritura –libros, publicaciones periódicas, listas de discusión, etc.–, internet, la articulación de diferentes canales de difusión –*online* y *offline*–, el acceso libre –en tanto dispositivo de acceso a la información y de ámbito de disputa en torno a las nociones de derecho y propiedad–, una legislación que regula los usos, prácticas que descentralizan la información, dispositivos de evaluación y de maximización de la visibilidad y accesibilidad, etc. También hay que incluir en esta la lista algo no menos importante: las prácticas ilegales de acceso a internet. Gracias a las descargas ilegales que se practican en amplias áreas del planeta de *softwares*, libros, archivos de música y otros recursos, no solo se mantienen entretenidos los miembros del servicio de inteligencia norteamericano y de los organismos que protegen la propiedad privada en su versión cibernética, sino además se hace posible la generación y reproducción del conocimiento en esas mismas áreas. Esas prácticas, que en alguna medida logran neutralizar las fuerzas que diseñan un escenario distópico de acceso al conocimiento, paradójicamente parecen ser imprescindibles también para la generación y reproducción del saber en las áreas donde impera la ley. Muchas veces, los libros, los artículos, las disertaciones y las producciones multimediáticas de nuestros colegas norteamericanos, ingleses, alemanes, franceses y de otros países desde donde con mayor celo se legisla el acceso al saber, solo pueden ser accesibles a los colegas africanos, asiáticos y sudamericanos mediante las descargas ilegales. Es decir, el “centro legal” encuentra sus consumidores en la “periferia ilegal”. Muchas veces, también, los primeros acceden a la materia prima de sus investigaciones –por ejemplo, copias de grabaciones producidas por sellos locales– mediante algún nivel de contravención o favorecidos por el vacío legal que presentan algunos estados. Queda el lector con estas inquietudes.

Como fue dicho, la sustentabilidad del conocimiento también requiere que nuestras

producciones acojan una perspectiva epistemológica particular. Para que el saber sea viable, vigoroso, cohesionado, tolerante y dialógico, necesitamos tener abundancia de textos que trasciendan el nivel descriptivo y prioricen la reflexión sobre los conceptos y métodos, que establezcan diálogos con los cánones de la disciplina y con otras áreas del conocimiento, que visibilicen los dispositivos de observación y análisis y/o que cuestionen las formas de representación. Este tipo de textos genera un punto de convergencia de investigadores interesados en los más diversos temas y áreas geográficas, son textos que dan lugar a una suerte de “zona franca del conocimiento”, donde los estudios de caso confluyen y dialogan. En definitiva, un conocimiento sustentable es aquel que tiene discursividad, que deviene en red interpersonal e interinstitucional, que duda y es crítico a la vez, y que circula de manera tan fluida que en su marcha pierde, a veces, sus referencias de autoría. Y nuevamente llegamos a la crítica, o mejor dicho, a la seducción de la crítica, puesto que esta solo puede ser ejercida por investigadores que se sientan por ella seducidos. Esta segunda entrega de *El oído pensante* reúne a autores que, en formato de artículo, entrevista o reseña, hacen una lectura crítica de los fenómenos que analizan, e incluso de sus propias miradas, coadyuvando así a que el saber del área se mantenga sustentable.